

“Quién es este hombre, que llega hasta perdonar los pecados?”

Lc 7, 36-50

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

PERDONANDO A UNA PECADORA DESCONOCIDA

En este capítulo de Lucas, Jesús, después de haber curado al criado del centurión y haber resucitado al hijo de la viuda de Naín, realiza esta curación existencial, perdonando a una pecadora desconocida. El fariseo está preocupado por la impureza legal a la que se expone Jesús dejándose tocar los pies por una mujer notoriamente pecadora. Jesús, por el hecho de callar y dejarla hacer, compromete su reputación de hombre de Dios, de profeta reconocido por el pueblo (cf 7,16).

La pregunta de Jesús a Simón interrumpe el curso de las sospechas. Le implica en la trama de la parábola viviente que se desarrolla en su casa. Evidentemente, él es el deudor que ama poco, porque da a entender que se le ha perdonado poco. El diálogo que sigue no deja escapatoria al fariseo, que estaba al principio tan seguro de su justicia. Los gestos de bienvenida y de veneración de la mujer respecto a Jesús, de los que el fariseo se consideraba dispensado, le han hecho pasar a la parte del agravio, y a la pecadora, a la parte de la misericordia. Para Lucas, existe un íntimo vínculo entre el perdón de los pecados y el amor generoso.

El espíritu de profecía, recomendado por Pablo a Timoteo en su ministerio al servicio de la iglesia de Efeso, ha de ser cultivado con humildad. Esta nos libera de la ilusión farisaica del que se olvida que es pecador y considera a los otros como peores que él; porque es la fe lo que engendra el perdón salvador, es decir, la plena comunión de vida que es la paz de Dios. Y es la capacidad de perdonar de una manera constante y profunda lo que guarda al corazón humano de toda vacía seguridad.

ORACION

Concédenos, Oh Padre de misericordia, la sabiduría del corazón, a fin de que podamos reconocer las visitas de tu perdón, incluso en los momentos lamentables y embarazosos de nuestra jornada y de nuestra vida, y para que, por medio del compromiso con las necesarias acogidas y la superación de nuestros gustos personales, podamos experimentar aquel éxodo de nosotros mismos que es el único que puede abrirnos a la luz de tu presencia y a la fuerza de tu amor misericordioso. Una luz y una fuerza que son las únicas que pueden cambiar el corazón del hombre y hacerlo misericordioso con sus hermanos —en especial con los más necesitados—, tras las huellas de Cristo Jesús, tu Hijo y nuestro Señor.